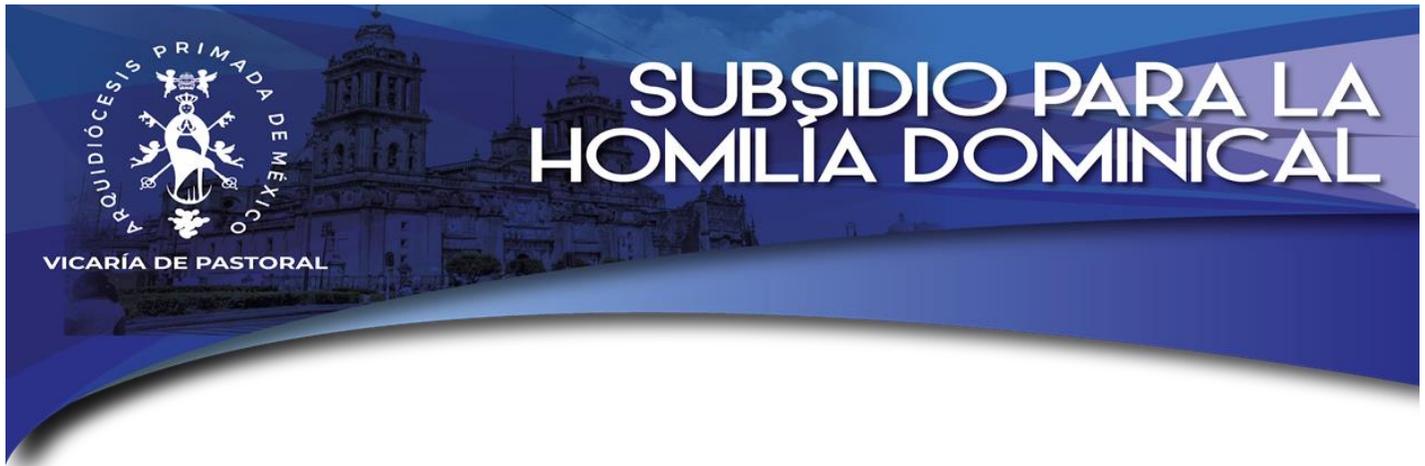


31 de julio de 2022
18° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



LECTURAS

Eclesiastés 1,2; 2,21-23: Todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión. Hay quien se agota trabajando y pone en ello todo su talento, su ciencia y su habilidad, y tiene que dejárselo todo a otro que no lo trabajó. Esto es vana ilusión y gran desventura. En efecto, ¿qué provecho saca el hombre de todos sus trabajos y afanes bajo el sol? De día dolores, penas y fatigas; de noche no descansa. ¿No es también eso vana ilusión?

Salmo 89: Tú haces volver al polvo a los humanos, diciendo a los mortales que retornen. Mil años son para ti como un día, que ya pasó; como una breve noche. Nuestra vida es tan breve como un sueño; semejante a la hierba, que despunta y florece en la mañana y por la tarde se marchita y se seca. Enséñanos a ver lo que es la vida y seremos sensatos. ¿Hasta cuándo, Señor, ¿vas a tener compasión de tus siervos? ¿Hasta cuándo? Llénanos de tu amor por la mañana y júbilo será la vida toda. Que el Señor bondadoso nos ayude y dé prosperidad a nuestras obras.

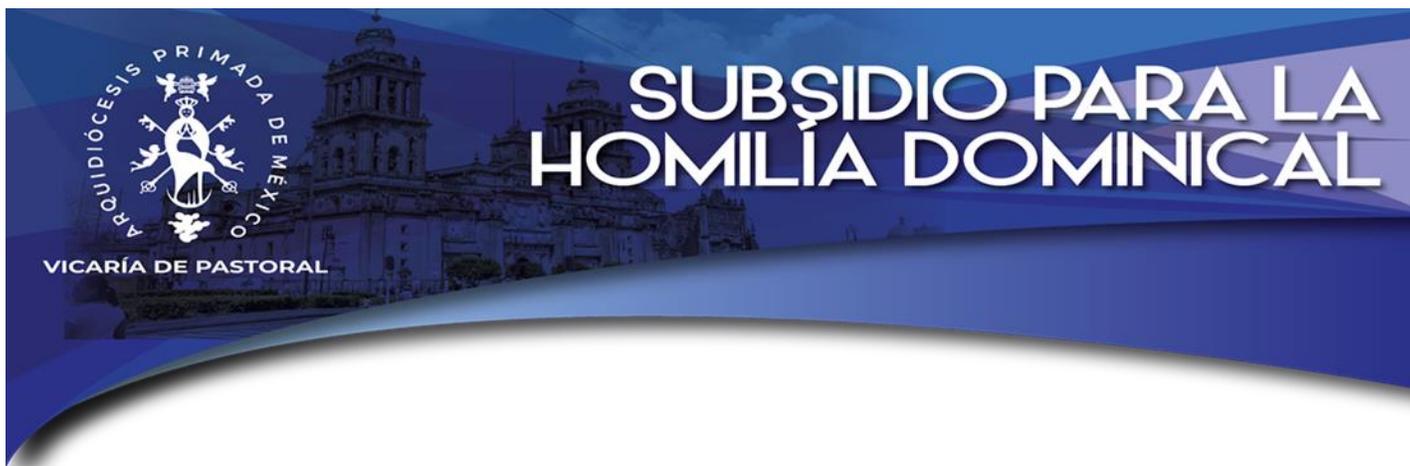
Colosenses 3,1-5.9-11: Hermanos: Puesto que han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios. Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vida de ustedes, entonces también ustedes se manifestarán gloriosos juntamente con él. Den muerte, pues, a todo lo malo que hay en ustedes: la fornicación, la impureza, las pasiones desordenadas, los malos deseos y la avaricia, que es una forma de idolatría. No sigan engañándose unos a otros;



despójense del modo de actuar del viejo yo y revístanse del nuevo yo, el que se va renovando conforme va adquiriendo el conocimiento de Dios, que lo creó a su propia imagen. En este orden nuevo ya no hay distinción entre judíos y no judíos, israelitas y paganos, bárbaros y extranjeros, esclavos y libres, sino que Cristo es todo en todos.

Lucas 12,13-21: En aquel tiempo, hallándose Jesús en medio de una multitud, un hombre le dijo: "Maestro, dile a mi hermano' que comparta conmigo la herencia". Pero Jesús le contestó: "Amigo, ¿quién me ha puesto como juez en la distribución de herencias?". Y dirigiéndose a la multitud, dijo: "Eviten toda clase de avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea". Después les propuso esta parábola: "Un hombre rico obtuvo una gran cosecha y se puso a pensar: '¿Qué haré, porque no tengo ya en dónde almacenar la cosecha? Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes para guardar ahí mi cosecha y todo lo que tengo. Entonces podré decirme: Ya tienes bienes acumulados para muchos años; descansa, come, bebe y date a la buena vida'. Pero Dios le dijo: '¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes?'. Lo mismo le pasa al que amontona riquezas para sí mismo y no se hace rico de lo que vale ante Dios".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

RICOS DE LO QUE VALE ANTE DIOS

Es evidente que la clave interpretativa de las lecturas de este domingo es la contraposición entre la vacuidad de una vida entregada a los bienes intrascendentes y la riqueza insondable de aquel que busca "los bienes de arriba" como dice Pablo. Ya se ha derramado mucha tinta en apologías defensoras, ya bien de la riqueza material, ya bien de la radicalidad evangélica en este punto concreto, y no es nuestra intención volver a la discusión. Nos atenderemos solamente al análisis de los textos y a las consecuencias prácticas que se desprenden para todo aquel que pretende ser discípulo del Cristo.

El Eclesiastés deja bien claro que "Todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión" y aunque parezca una visión pesimista, es más bien un juicio teológico sobre la intrascendencia de lo creatural (entiéndase por "creatural" todo aquello que es creado, todo aquello que no es Dios); el trabajo, actividad característica y exclusiva del hombre, con toda su dinámica creativa, su exigencia de conocimiento y habilidad para transformar el entorno y su consecuente fruto (los bienes que se pueden obtener con dicho trabajo), no son más que vacuidad, inconsistencia, incapacidad de satisfacer la eterna búsqueda del hombre.

Hay quien, literalmente, va dejando la vida a pedazos con jornadas laborales brutales (y no hablo de la clase obrera o campesina, sino de la nueva generación de jóvenes y brillantísimos empresarios galardonados con los más altos honores y que constituyen en buena medida la fuerza productiva de este país) pensando que es la única forma de lograr el bienestar y la superación personal y familiar, víctimas de la ideología alienante del



prestigio y el confort, y sin darse apenas cuenta, se van perdiendo lo mejor de la vida, el amor y el tiempo que se pasa al lado de los que se ama. Parecen entregados frenéticamente al dios "faber", al dios "trabajo" que exige la inmolación de toda otra realidad. Nada puede saciar el hambre y la sed de Dios que padece el hombre más que Dios mismo, solo él tiene consistencia en sí mismo o mejor aún, sólo él puede dar consistencia al hombre y solo en orden a él las "cosas" adquieren un sentido.

Ya el libro del Génesis nos advierte del grave peligro de la tentación que las creaturas ejercen en el hombre. En Gn 3 la serpiente representa precisamente a todas las creaturas, a las que Adán y Eva (símbolos de todos los seres humanos) prestan la escucha que debía ser exclusiva para Dios y se desencadena la tragedia que tal idolatría introduce en la historia.

El Salmo da un paso más adelante en la valoración de lo creado de cara al Absoluto: Ni siquiera la vida humana, cúspide de la obra creadora de Dios tiene consistencia ni permanencia en sí misma. "Nuestra vida es tan breve como un sueño; semejante a la hierba, que despunta y florece en la mañana y por la tarde se marchita y se seca" El creyente, ante tal panorama de total incapacidad para trascender, ya que ni sus obras ni su vida misma tienen la potencia para lograrlo, levanta la mirada y reconoce que aquello que ha llamado "vida" no lo es y por lo tanto "vivir" así es insensatez que lleva a la muerte: "Enséñanos a ver lo que es la vida y seremos sensatos."

Esto quiere decir que el descubrimiento de la vida auténtica es un proceso, muchas veces lento y fatigoso en el que Dios va revelando y el hombre va acogiendo lo revelado, Dios va hablando y el hombre va escuchando y recibiendo la sabiduría. Pablo menciona también la gradual constitución del "nuevo yo" que se va renovando conforme va adquiriendo el conocimiento de Dios, que lo creo a su propia imagen. No podemos dejar de evocar nuevamente el Génesis (Gn 2,15-17) donde Dios da una enseñanza a Adán y Eva: "Del fruto del árbol del conocimiento no comeréis, porque si lo haces de cierto moriréis". No es el mandamiento tiránico de un Dios sádico, sino la enseñanza del Maestro bueno que quiere dar la sabiduría a su creatura para que esta posea la vida.

La antinomia aparece nuevamente en la Carta a los Colosenses: "Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra..." Pablo no está cayendo en un grotesco dualismo platónico con el consabido antagonismo entre materia/carne (tierra) y lo inmaterial/alma (cielo), nada más lejos del pensamiento teológico del apóstol. Aquí, lo que se contraponen son dos estilos de vida, dos cosmovisiones, dos mentalidades que se corresponden con dos tipos de hombre: Por un lado está el que ha resucitado con Cristo y por lo tanto está donde él ("Sentado a la derecha de Dios") y como consecuencia lógica le corresponde vivir según los esquemas absolutamente novedosos del nuevo eón inaugurado por Cristo, pero abierto a todos los bautizados (muerte y resurrección son los dos momentos sacramentales y constitutivos del rito bautismal y que el nuevo hijo de Dios está llamado a continuar en la cotidianidad existencial) y, por otro lado, está el



hombre que vive bajo las categorías del pasado, de la caducidad de una pseudovida que más bien es muerte, anclada en los bienes de la tierra.

Es interesante notar que Pablo no sataniza las cosas materiales, a las que incluso llama "bienes", y es que el problema no radica en las cosas en sí mismas, estas no tienen connotación moral. El meollo del asunto está en la "búsqueda", palabra que denota un afán capitalizador que convierte esos bienes en el objetivo al cual acabamos sometiendo nuestra existencia. Poner el corazón en los bienes del cielo no significa despreciar todo lo que de bello y humano tiene la tierra, eso sería incluso herético y anti-encarnacionista, pues desde que el Hijo de Dios se encarnó, el mundo del hombre es espacio sagrado.

Para entender correctamente la expresión de Pablo, es necesario comprender el significado simbólico de las palabras "corazón" y "cielo": El corazón es la sede de la sabiduría profunda, el "lugar" donde se toman las decisiones fundamentales de la vida, tiene mucho más que ver con la voluntad y la sabiduría que con los sentimientos (al contrario de nuestra mentalidad, para la cual el corazón simboliza el sentimiento y la mente la capacidad racional). Por lo tanto, "poner el corazón" en una realidad significa convertirla, por un acto de la voluntad, en una realidad fundamental, absoluta, que determina el rumbo de la existencia. Basta recordar la famosísima frase de Jesús «Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón». El "cielo" por otra parte, no es un "lugar" en donde habita Dios y su corte celestial (entre otras cosas porque no hay "lugar" donde quepa Dios) sino el símbolo de todo aquello que es inaccesible al hombre mediante sus solas fuerzas, así, el cielo llegó a representar el mundo de Dios, pero también aquellas realidades antropológicas que escapan al control del hombre.

Así pues, poner el corazón en lo bienes del cielo significa dos cosas: En primer lugar, en sentido negativo, el reconocimiento de la insuficiencia del ser para autosatisfacer sus pulsiones más profundas; ni el trabajo, ni los satisfactores materiales lograrán jamás aquietar el anhelante corazón humano que lo único que busca en el fondo es el abrazo del Padre.

En segundo lugar, en sentido positivo, el reconocimiento de que solo en Dios puede encontrarse el horizonte final de resolución para la vida humana y evidentemente que para el cristiano la síntesis de todo bien del cielo es Cristo, la gracia del Padre donada a los hombres. Por deducción lógica, poner el corazón en los bienes del cielo es pues convertir a Cristo en la opción fundamental y capitalizadora de todo proyecto personal; toda opción en la vida ha de ser pasada por el tamiz de la cruz.

De esta forma, se cumple lo que pide Pablo: "Den muerte, pues, a todo lo malo que hay en ustedes: la fornicación, la impureza, las pasiones desordenadas, los malos deseos y la avaricia, que es una forma de idolatría." La cruz es el remedio infalible para acabar con el ego deformado, pues crucificarse con Cristo es renunciar a la búsqueda patológica de la



reafirmación del yo a costa de los otros, para derramarse sobre ellos en un movimiento de vaciamiento que paradójicamente permite la sana recuperación del yo auténtico.

En el Evangelio de Lucas, a partir del patético intento del hombre por reducir a Jesús a un simple juez sobre asuntos humanos para legitimar la posesión de bienes materiales, ("Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia") y la respuesta tajante de Jesús que se distancia de ese papel (Amigo, ¿quién me ha puesto como juez en la distribución de herencias?), el evangelista desarrolla una hermosa catequesis sobre la postura que le corresponde al discípulo ante los bienes materiales:

Lo que ha de evitarse a toda costa es la avaricia, es decir, la posesión desenfrenada de cualquier bien. La avaricia es un pecado porque es una actitud de retención de los bienes para almacenarlos, sin importar que otros padezcan necesidad de esos mismos bienes. En el fondo, es una actitud idolátrica porque deposita la confianza en la posesión que proporciona una falsa sensación de seguridad ante la imprevisibilidad de la vida. Y, sin embargo, Jesús asegura que ésta "...no depende de la abundancia de los bienes que posea". Según la parábola que presenta Jesús, vivir así es insensato, porque se piensa que algo caduco y pasajero puede proporcionar seguridad duradera.

En el fondo de este asunto, está el problema clave de la espiritualidad cristiana: El egoísmo como clave hermenéutica de la realidad. La desposesión requiere la destrucción del ego para afianzarse en alguien que precisamente por ser El Otro es siempre Misterio inaferrable, y el hombre natural percibe esto como su aniquilación. Soltar todo no es precisamente algo con lo que nos identifiquemos, nos suena a locura utópica, que está muy bien para algunos "elegidos" un tanto locos a los que Dios les da capacidades sobrenaturales para hacer cosas fuera de lo "normal", pero... ¿nosotros? ¡Qué va!, a nosotros nos toca ir tirando hacia adelante como se pueda, después de todo no hay que ser fanáticos ¡Eso es de tan mal gusto, además de peligroso para la estabilidad social!

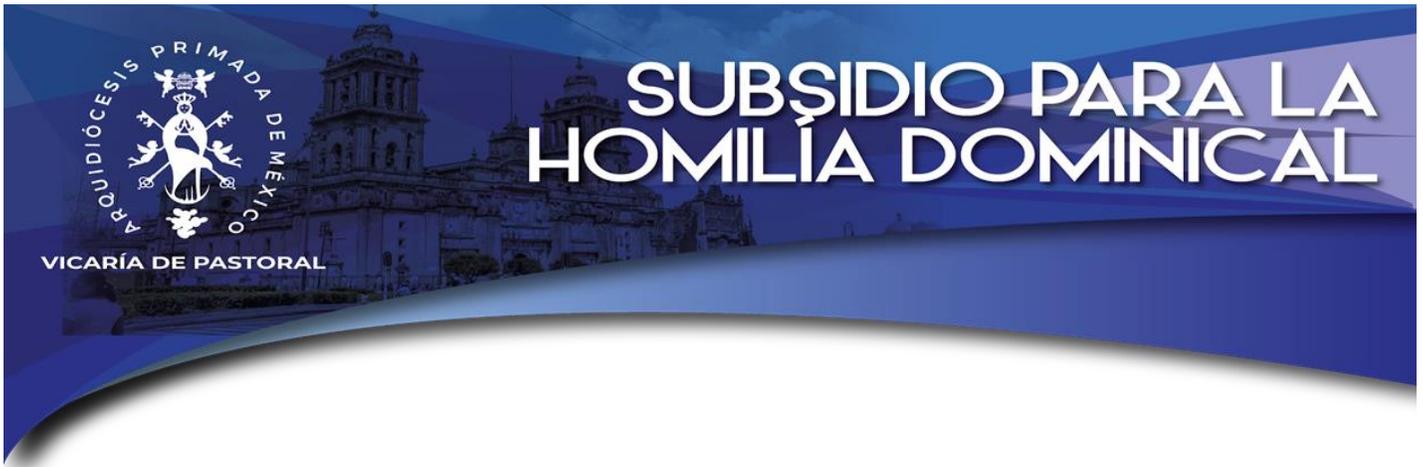
Y, sin embargo, el Evangelio allí está, como regla universal para todo seguidor del Cristo que hoy nos dice: ¡Hazte rico de lo que vale ante Dios! Es conveniente que dejemos bien claro que no se trata de la disyuntiva entre vivir como parias (lo cual supuestamente sería la consecuencia práctica de las enseñanzas de Jesús) o disfrutar del lícito usufructo del trabajo (lo cual sería antievangélico).

Más bien, lo que parece desprenderse de un análisis riguroso de la Escritura, es que el afán desmedido por las riquezas materiales y la posesión de hecho de tales riquezas significa erradicar del corazón a Dios. Y esto, por la sencilla razón de que el amor a Dios se concretiza en el amor al prójimo y ese amor exige atender el sufrimiento y las necesidades de los menos afortunados y esto, compartiendo todo lo que somos y tenemos. Más aún, mientras existan seres humanos que carecen hasta de lo más indispensable, gozar de lo superfluo es un gravísimo pecado (como bien lo apuntan los Obispos en el documento de Puebla).



Si de riqueza se trata, prefiramos las del cielo y no dejemos para mañana el compartir todo con nuestros hermanos, tiempo, bienes materiales, una sonrisa, la calidez de un abrazo y el ¡Te quiero! que hasta hoy hemos guardado avariciosamente.





SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- El Libro del Eclesiastés pone el dedo en la llaga; todas las cosas son pasajeras, vana ilusión que no llena el hambre que el ser humano tiene de trascender. Solo Dios puede colmar la búsqueda del corazón. ¿Cómo vives tú esa búsqueda? ¿en quién o en qué buscas llenar el vacío de tu alma?
- El Salmista también nos invita a reflexionar sobre la brevedad de nuestra existencia. Vivimos como si no fuéramos a morir nunca y, así, nos fugamos del momento presente, de vivirlo con total intensidad. Te invitamos a reflexionar sobre este aspecto.
- Por todo esto, Pablo nos exhorta a “buscar los bienes de arriba, en los del cielo”. Es decir, a levantar la mirada e ir más allá de la superficialidad de la vida para encontrarnos con Cristo, único capaz de dar sentido de eternidad a nuestra vida. Por eso, hay que vivir como Jesús, poner en práctica su palabra. ¿Qué harás para lograr esto?
- Jesús, con una parábola nos hace reflexionar sobre la importancia que el momento presente tiene para el creyente. La vida puede terminarse en cualquier instante y debemos preparar nuestro encuentro con Dios mientras tenemos tiempo. Acumular bienes es una tontería, pelear por bienes temporales es una necedad.
 - ✓ ¿Cuáles son los bienes que acumulas y que debes compartir con los que sufren?
 - ✓ ¿Qué es lo que crees que vale ante Dios?





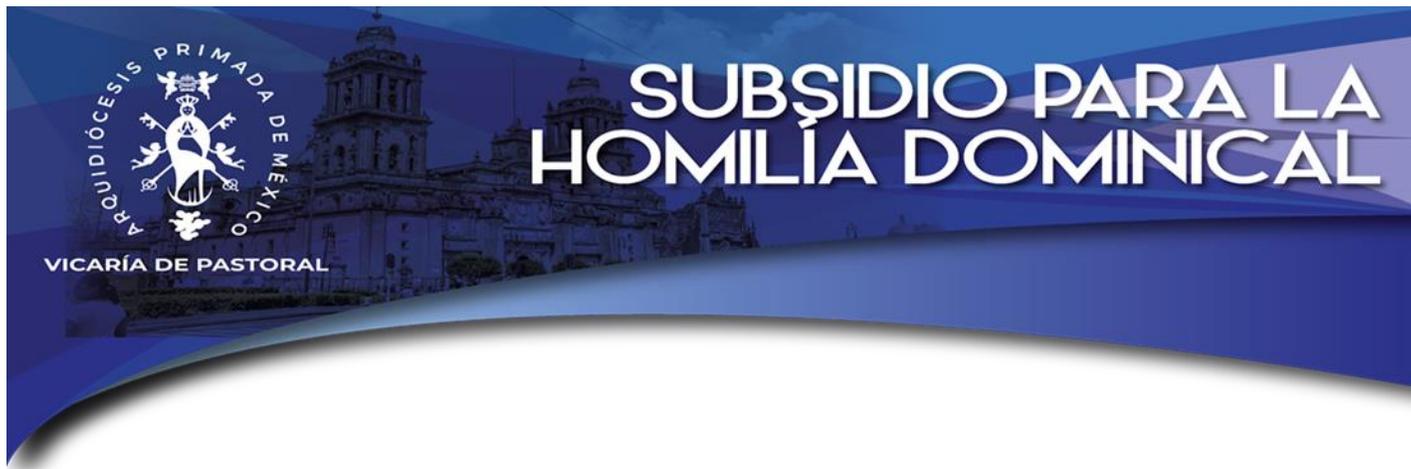
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



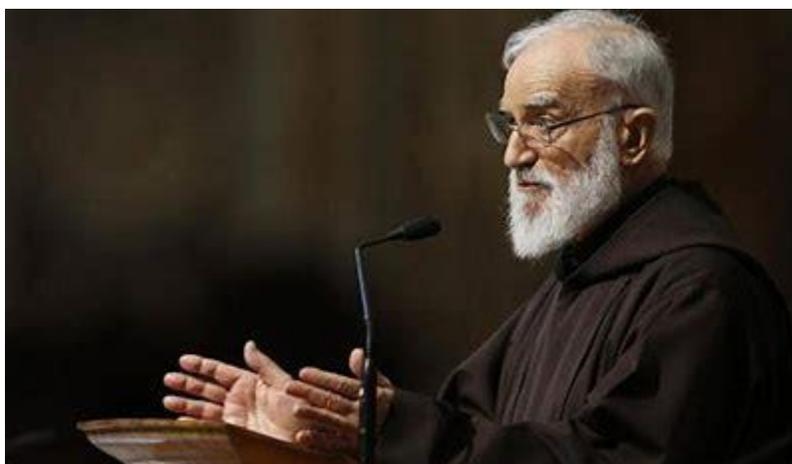
Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

<https://youtu.be/rQQRt4G9Zb8>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Homilía del Padre Raniero Cantalamessa

<https://cristomania.org/homilias/hcc/homilia-xviii-domingo-del-tiempo-ordinario-ciclo-c/>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

RIQUEZA NO ES FELICIDAD

El Evangelio del día de hoy nos invita a reflexionar cómo debe ser nuestra relación con los bienes materiales. La riqueza jamás se puede considerar el fin último del ser humano. Ella no garantiza la salvación, inclusive, podría ponerla en peligro. Para el católico, el verdadero tesoro son las cosas de arriba donde está Cristo.

El pecado del hombre que se relata en el Evangelio es la avaricia, pues él ha atesorado y acumulado bienes en vez de confiar en Dios. Por eso, este hombre es necio, ya que su absurda insensatez consiste en olvidarse de Dios buscando apoyarse en lo que ya posee. Esta tentación es latente tanto en aquellas personas que tienen muchas riquezas como en las que no la tienen. Tener bienes materiales no es malo, sin embargo, si la persona no es capaz de compartir lo que tiene y pone toda su confianza en ellas estaría pecando de avaricia y soberbia.

La humildad es la virtud que nos hace depender de Dios, la soberbia nos hace olvidarnos de él. En el fondo la avaricia, que es el desorden que fomenta la acumulación de los bienes sin compartirlo, es una forma de soberbia. El que busca afianzarse en sí mismo en lugar de recibirlo todo como un don es un soberbio y antes o después acabará percibiendo en su vida un vacío sin sentido.

En la actualidad se antepone la riqueza por la felicidad, muchos apuestan qué es mejor una vida infeliz con dinero que una vida feliz sin dinero. Grandes ejemplos desafortunados de millonarios que se han suicidado son la prueba de que los bienes materiales no son garantía de felicidad. Al final de la vida tanto el rico como el pobre terminan en el mismo lugar, no obstante, tanto el rico como el pobre, al terminar su caminar en esta vida, serán juzgados en el amor.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS INFANTIL

DIOS NOS REGALA AMOR EN ABUNDANCIA PARA COMPARTIRLO CON LOS DEMÁS

¡Qué alegría escuchar la Palabra del Señor! Pero más alegría es ponerla en práctica, vivir lo que Dios nos dice. Hoy hemos escuchado sobre las riquezas materiales y las riquezas espirituales; pero vayamos por partes.

Vamos a dividir en tres los temas centrales para aplicar la Palabra de Dios en nuestras vidas.

Primero; Jesús nos invita a poner la vida al servicio del reino, es decir, que todo aquello que hagamos, sirva para procurar una vida digna a nosotros y a todas las personas. La pobreza es producto de una falta de justicia, fraternidad, por eso se nos dice que debemos evitar la avaricia, la acumulación, porque ello infringe en la libertad de otras personas, y puede llegar a empobrecerlas. Lo que tiene valor es aquello que hacemos en favor de los demás, eso nos genera riqueza en el corazón y también genera riqueza en los corazones de los demás. El reino de Dios es una comunidad de personas que viven compartiendo la vida y los bienes, que son solidarios entre ellos y agradecidos con Dios.

Segundo; la Palabra de hoy nos invita y alerta sobre estar preparados para la venida del Señor. No sabemos cuándo vamos a morir o cuándo van a morir nuestros seres queridos, así que lo que podemos hacer es vivir poniendo todo lo que tenemos y lo que somos al servicio de Dios, es decir, siendo amorosos y caritativos con todas las personas, para que cuando llegue el Señor, mire en nosotros, a esas personas que dieron su vida y sus bienes a los demás.

Tercero; necesitamos saber renunciar a los bienes. Por todos lados se nos aparecen anuncios diciendo que tenemos que comprar el teléfono celular más bonito, o la



computadora más reciente, o la ropa de moda, etc. Nos hacen creer que la persona vale por lo que posee, pero ¿cuánto vales sin el celular, la computadora o la ropa de moda?, ¿qué valor le das a las personas que no tienen eso?

Los seguidores de Cristo, al igual que él, valoramos más las cosas del “cielo” que las cosas del mundo; pero no se trata de quedarse sin nada, sino de que nuestros intereses no nos conduzcan a la avaricia o a la acumulación porque entonces nos vamos a olvidar de aquello que en verdad tienen valor: Servir a Dios a través de nuestros semejantes, prepararnos a la venida del Señor y compartir lo que somos y tenemos con las personas que nos rodean, sobre todo con quienes más lo necesitan. Solo así estaremos cumpliendo el mandamiento del amor: amar a Dios sobre todas las cosas y a los demás como a uno mismo.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

Habiendo escuchado la Palabra de Dios, y a la luz de ella, la Iglesia nos invita a orar en primer lugar reconociéndonos como aquellos que se glorían de tenerlo como su creador y su guía; es decir, reconociéndolo no solo como el origen sino también como aquel que dirige – *gubernator*, el término latino, designa al piloto de la nave – todo lo que ha creado, a quienes ha creado. Es, así, Dios el que “no abandonas nunca la obra de tu sabiduría, sino que obras con tu providencia en medio de nosotros.

Guiaste a tu pueblo Israel por el desierto con mano poderosa y brazo extendido; ahora acompañas a tu Iglesia, peregrina en el mundo, con la fuerza del Espíritu Santo y la conduces por el camino de la vida temporal hacia el gozo eterno de tu reino”, como oramos en la Plegaria eucarística II para diversas circunstancias. De esta experiencia, la Iglesia, nosotros, nos sentimos confiados en la mano del Señor, reconociendo que ha sido siempre él quien nos bendice con su benevolencia y por esa benevolencia suya nos sentimos confiados para implorarla continuamente y que venga en nuestra ayuda: “Señor, ten compasión de nosotros, como cantamos en el Salmo responsorial de la Misa.

Sin embargo, nos damos cuenta de un hecho evidente: “¿qué provecho saca el hombre de sus trabajos bajo el sol?” El ser humano está llamado a experimentar la propia contingencia: “esto es vana ilusión y gran desventura”. Por eso, al que nos ha creado y nos guía, la misma Palabra nos invita a decirle: “enséñanos a ver lo que es la vida y seremos sensatos”. No conviene, pues, limitarnos a pedir cosas, ya que “todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión”; sino, siguiendo la exhortación del Apóstol, buscar “los bienes de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios... [poner] todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios”.



En consecuencia, la Iglesia nos invita a pedir lo que verdaderamente conviene: "renueva en ellos tu obra creadora", o sea, nuestra regeneración que, brotando del Misterio pascual, ha sido compartida en cada uno de los bautizados y "consérvalos los dones de tu redención".

Y si esta obra creadora y su redención ha consistido en llevar a su máxima expresión nuestro ser imagen y semejanza suya al volvernos miembros de su Cuerpo y, por lo tanto, "sacramento universal de salvación... signo e instrumento de la íntima unión de Dios con los hombres y de estos enre sí" (LG 1; 48), esto significa necesariamente "hacerse rico de lo que vale ante Dios", es decir, hacerse prójimo, como nos invitaba en el Evangelio del Domingo 10 de julio (Domingo XV del Tiempo Ordinario).

Esto será la 'oblación de nuestro sacrificio espiritual' (Oración sobre las ofrendas), que ofreceremos en la Eucaristía, que recibiremos como "don celestial" y nos dará la certeza recibir "la eterna redención".

